



# Rada

*Alexis Uscátegui*



**Editorial**  
Universidad de Nariño



# Editorial

Universidad de **Nariño**

**Rada**

# Rada

*Alexis Uscátegui Narváez*



**Editorial**  
Universidad de Nariño

Uscátegui Narváez, Alexis  
Rada / Alexis Uscátegui Narváez. -- 1ª. ed. -- San Juan de Pasto  
: Editorial Universidad de Nariño,  
2023  
50 p.

ISBN: 978-628-7509-81-8 Impreso

ISBN: 978-628-7509-82-5 Digital

1. Poesía colombiana 2. Literatura colombiana 3. Nostalgia--  
Poesías 4. Poetas colombianos  
C861 U843 – SCDD-Ed. 22



Sección de Biblioteca  
"Alberto Quijano Guerrero"

## Rada

© Alexis Uscátegui Narváez

© Editorial Universidad de Nariño

ISBN Impreso: 978-628-7509-81-8

ISBN Digital: 978-628-7509-82-5

Primera Edición

Ilustración de portada: Alexandra Torres

Diseño y diagramación: Manuel Insandará

Fecha de publicación: Marzo, 2023

San Juan de Pasto - Nariño, Colombia

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de su Autor o de la Editorial Universidad de Nariño.

*A Tefa, Joyce y Valéry, por la fuerza del  
fuego fatuo que nos sostiene.*

# Índice

**La luna irrigada de lágrimas fosforosas**  
[8]

**El pez que llora**  
[10]

**Enjambres**  
[20]

**Nieve hospitalaria**  
[32]

**Nota *bene***  
[47]

## **La luna irrigada de lágrimas fosforosas**

La poesía es un acto lacerante. Al concebirla, el poeta merma su vitalidad luego de elevar imágenes que se encuentran signadas por lo privativo. Con un solo soplo, el demiurgo dibuja un halo de llama plateada que le permite sostener la gravitación de aquellos versos que confabulan contra la masificación de las apariencias, poniendo de relieve aquello que vive en el palmo a palmo de sus peregrinaciones milenarias.

La poesía honra el milagro en el cual la luna desdobra su estado luminoso a los seres que la convocan con su dolor. En su evanescencia habita un historial de elementos arcanos que junto con la niebla camuflan barajas ostensibles de poderes siderales, de ahí que una rada se abandone a su resplandor inmutable.

Menos mal el poeta encuentra cábalas flameantes en el fondo de la rada. Sus palabras rajan la noche para exhumar la grímpola que será anclada sobre la corteza de la luna como símbolo de perennidad. Por eso su voz es poderosa, no porque atravesase umbrales, no porque concierte revoluciones desautomatizadas, no porque entable figuraciones que bregan contra el silencio. Su poesía es estremecedora porque es capaz de incubar enjambres donde no es posible la presencia de la vida. A trasluz



de dichos enjambres, hay mundos de horror, pero también permanece el corazón del poeta, al que debe cuidar con sumo tino, sobre todo porque a su alrededor hay salitre que todo lo petrifica, y si el creador de imágenes deja que esto ocurra, no tendrá otra alternativa más que esperar con desdén la etérea muerte.

*Pasto, El Confinamiento, 2020.*

I  
**El pez que llora**

*E il naufragar m'è dolce il questo mare.*  
Giacomo Leopardi

Muy querida destinataria mía,

La saludo en este día para pedirle que no me abandone en este estado miasmático en el que me encuentro. Luego de que usted decidió reemplazarme por las acérrimas noches espesas que suelen inundar sus sueños, no he hecho otra cosa que inmolar mi cuerpo a las estrellas, ellas no hacen otra cosa más que desgarrar mi pecho para entumecer mi corazón. Nunca imaginé que sus últimas palabras dejarían hollín en mis sentidos, por eso mis manos están manchadas de lo más incendiario de su ser; sin embargo, haber compartido con usted lo que hay más abajo del cielo fue apremiante, pues sería absurdo negar que mace-ramos nuestros labios hasta dejar tendido el aliento sobre la superficie salina de la rada.

Así pasen los años y que las sombras que nos persiguen sigan eclipsando nuestros solares ojos, yo estoy convencido de que la vida se compone de dos polos: el perceptible y el imperceptible, y que los acontecimientos que no pueden percibirse son, con mayor tenor, más vivibles y palpables que los que se ven a simple vista. Eso ha hecho de mí la poesía, vivir en otro mundo que no es el ordinario, en un entorno de hilos electrizantes que confluyen con el ensueño. He visto cómo el tiempo convierte en ruinas todo lo que no es susceptible a permanecer en pie, pese a esta circunstancia no dudaré en continuar empapando sus aposentos con mi san-

gre que dura más que la misma plétora del silencio. Yo me entrego a esa única duración, a esa única evasión, a ese único asomo, a ese único aterrizaje sobre el glauco lomo del cetáceo.

Suyo,

Signatario.

Cuando no hay más reparo  
a lo que el viento ha dejado. Raja y rojo.  
Raja y rojo, las huellas  
que anidan en mis pupilas. Siendo amado el sol  
que retuesta las alamedas  
que nos vieron nacer y morir en un mismo día.

debió el día  
llegar cargado de luz;  
ser a lo lejos.

No volveré a imaginar el nacimiento  
de una luna sobre un obelisco, mucho menos  
trazaré sobre la arena la muerte de un titán.  
Esto que ha pronunciado el tiempo  
tendrá que evanescerse perentoriamente  
como las fragatas del cielo. Vete muy lejos,  
reina sin labios.  
Sé como la sombra del arce: densa, indemne.

Desearías que te lama el cuello por última vez: imposible, mi saliva escasea en estos tiempos en los que la vida segrega distancias.

Todo cambia ahora.

Hay auroras de sangre en mi pecho que huellan como el alacrán y la serpiente en las dunas.

Huelo mis manos y la leche de tus senos gozan el don de la inmanencia. Eres

una garza roja perdida en medio del pantano. Tus lágrimas

son lo más flotante en este turbio océano.

Yo soy una flecha que no ha descuidado su trayecto, entraré sin miedo

en esa fisura que tanto escondes.

Tienes sed como todas las especies del mar, sabes que el cielo es almeja visto desde un cuello de botella. Sabes

que el fango brilla un poco más que las estrellas, un poco menos que mi alma de Sebastián.

Como la noche y el vacío, necesitas cavar un agujero en ti misma y sentir

la densidad del dolor y sentir cómo el ardor sale a flote y sentir

la proyección de las hordas malditas.



Los derroteros han cambiado,  
    hay una esquila en mi alma que exige  
el retorno a Casa.  
Cada cielo está signado por el olvido,  
    por el abandono imperante de los juegos sagra-  
dos.  
    Cada atardecer está apoderado por el hambre  
y por  
    las noches calcinantes de la historia.  
El primer beso no llegó solo, estuvo acompañado  
    por leyendas que brotaron de un corazón maltre-  
cho.  
La frente en llamas nos condicionó a ver el mundo  
desde la ventana,  
    escapamos del cuerpo como una serpiente que  
deja su velo  
    para hallar el nido de las cosas dolorosas.  
En aquellos tiempos detenía mi mirada en una aca-  
cia que a lo lejos parecía a Mami bailando con el oto-  
ño.  
¿Qué es la infancia, sino ese  
    desorden inalterable de la vida?

Desperté dentro de mi propio viaje onírico.

Me encontraba extraviado en una ciudad que no era la mía. Su arquitectura

era tétrica, atiborrada de casas deterioradas y de calles

que terminaban en abismos.

Sentía que mi pecho se desmoronaba a cada paso cual

caminata tejía mi mirada.

Tuve un llanto permeado de escamas en mi rostro, era como si el retorno a casa

nunca llegaría. Pero en aquella vecindad de cuadras incoloras

existía una fe extraña, era la posesión a lo que el cuerpo ha buscado siempre:

visitar una novia semejante a la luna, ese astro al que puedes amar sin necesidad de levantar la mirada al cielo para sentir su levedad cósmica.

En este sueño hay un barrio, en el barrio hay un hampa de hienas humanas,

en el hampa de hienas humanas se esconde una mujer,

una mujer cuyo corazón se ensancha de dolor. El barrio es mi

infancia, el hampa de hienas humanas son mis amigos, la mujer es mi novia

y su dolor es el límite que hay entre la

realidad y los vuelos nocturnos.  
Es generosa la vida, permitirme despertar en un  
sueño que es mucho más bello que  
soñar despierto. En ese guiño existencial nutre  
el nirvana del que un niño y una niña; un hombre y  
una mujer juraron no volver a-mar.

**II**  
**Enjambres**

*la fascinación de lo abominable.*

Conrad

Deseo de la avispa de quedar a merced  
del pantano,  
de saber que en su magma negro se produce una  
alquimia secreta  
    que solo las landas conocen luego de caer de  
    sus comarcas arbustivas.

Deseo avasallante del cubo por sentir el vacío ostensi-  
ble de  
    las nubes,  
de escuchar su silencio líquido  
    que solo los relámpagos se detienen a con-  
    templar.

Deseo innecesario de los enjambres de abandonar  
su ropaje  
    de almíbar,  
de entretejer un nuevo cántaro de ruidos  
    que solo las palmeras podrán soportar su  
    afligido peso.

¿Para qué despertar sin saber que hay una luz  
detrás de mí cuyo destello es similar al de un espejo  
anclado dentro de un bosque en llamas?

¿Cuál de todas las lunas es la más púrpura, cuál de  
todas es la que tiene un sonido de ámbar, cuál de  
todas

es la que menos duele dentro de mis ojos vesper-  
tinos?

Luna mía. Tienes la honradez necesaria  
para que el sol no desmienta su eclipse prenum-  
bral,

tienes la fuerza gravitatoria suficiente para forjar  
cualquier aro deseoso de convertirse en tu aureola.

¿Cuántos enjambres tendré que seguir  
viendo en mis noches morfinómanas?

Tú tienes magia inmortal para debilitar la separa-  
ción maniquea

de las poquitas salamandras que cantan su dolor al  
mar.

Signo de sol al contemplar tus manos alunaradas,  
ojos en descenso

para no morir ciego sobre tu pie de escamas dora-  
das.

Cómo negar esta realidad plural en la que caracolas  
de agua salina

componen la policromía del silencio. No te pido un  
beso de lupanar,

solo una palabra fracturada que tarde más de lo

normal,  
que gravite al salir de los labios,  
que sea sonámbula a este abandono  
que me quema.

Una mañana decidí merodear  
por el mundo subterráneo del tranvía,  
mi presencia fútil  
no despertó ningún interés en las  
cigarras  
que duermen en tropel  
sobre una pared blanca.  
Aquella pared tiene una ampolla de humedad,  
un salitre a punto de estallar  
que me recuerda mi nacimiento:  
un desgarramiento pleno,  
un tanto agrio de lo que implicó  
deshabitar el refugio de mi madre.



No es el zumbido de la abeja  
lo que signa su creación,  
es su galope aéreo lo que la vuelve  
eterna, mágica.

Cuando nos demos cuenta  
de que sus alas tornan solas  
sobre el suelo. En ese instante  
sabremos que las amapolas  
no se elevan solas.

Bajo el techo de una casa maltrecha  
veo un enjambre. De repente,  
un pichón poseído por tal ruido incesante  
intenta picotear a la reina.

Mis ojos revientan de júbilo al ver cómo el cielo  
se tiñe de color negro. Al final de este lance  
mis manos tornarán en tumba y los árboles  
quedarán vacíos de encanto.

Pensar que el movimiento oblicuo  
de un enjambre es capaz de estremecer  
la mirada de un ave que ha roto  
sus alas en plena fuga.

Pensar que la niebla negra  
de un enjambre puede ocasionar  
la más disimulada parálisis en dos  
salamandras que han destinado  
sus lenguas a la resequedad del desierto.

Pensar que la sombra sonora  
de un enjambre tiene el poder de  
agrietar el cuenco de una pupila.

He permutado mi piel por la densidad  
gelatinosa de una medusa.

No hay episodio más gratificante que volar en este  
oceánico aire,  
ser una lágrima acuática, agua dentro del  
agua.

Si pregunto por mi antiguo ser, en mis sueños  
veo enjambres que suturan mis ojos, no hay  
recuerdo que invite a pensar en lo que  
solía ser, lo que significa  
despertar con la misma luz, sobre la misma  
roca, con el mismo dolor.

Seguiré poseído por este cuerpo campanario, por  
sus mil colores  
que reverberan con el canto luminar de la  
luna.

Todavía hay un viento en bucle  
que me hace sentir que el corazón  
luego de ser derruido aún  
puede tornar en ápice de nobleza.  
Insumisas palabras que en este día me visitan  
y no me dejan disfrutar el estampido bendito  
de los enjambres, mucho menos alcanzar  
su abominable heredad.

Mis manos permeadas de un rojo arenal,  
ruidos audibles de los enjambres que quieren  
anidar en mi pecho, como si mi alma fuese  
una fauna que atenta contra sí misma.

La poesía se desdobra como un enjambre en el cielo.

Alienta el corazón  
de aquellos que creen en su cariz lunar. Alcanza  
la velocidad del rayo que intenta romper la  
densidad del agua.

La poesía adormece caracolas que escalan en virtud del sereno.

Perpetúa espejismos  
a la espera de seres anclados en la rada. Pulveriza  
el eco de dos escorpiones que copulan en lo  
más inhóspito de las catacumbas.

**III**  
**Nieve hospitalaria**

*pálida matanza bajo niebla reluciente*  
Ezra Pound



La nieve no tiene luz,  
    ostenta frío y el frío brilla.  
La nieve no tiene forma, en su lisura,  
    los peces  
    construyen trineos para llevar el tiempo a casa.  
La nieve contiene espejismos, por momentos  
    no sabemos si en los arbustos  
        hay perdigones de hielo  
o si son crisálidas  
    que no alcanzaron la forma del aire.

Este bosque medieval es menos fábula  
luego de que el caballero no tiene más remedio  
que huir de su amada.  
Huye hacia la densidad boscosa porque es el único  
lugar en el que podrá  
cubrir su corazón desnudo, para que los hues-  
tes del sol no calcinen  
su último aliento rojizo.  
Pero el milagro no llega como llega el sueño en la  
noche,  
el caballero ha sido descubierto por su amada  
quien le exige su rendición.  
El caballero abandonado por sus fuerzas milenarias,  
le dice:  
“Te entrego mi corazón en honor por haberme  
vencido en el amor,  
por haber hecho de la nube niebla en mis  
ojos”.

Me preparo para una noche de licantropía,  
pero no encuentro a esa luna que solía arrasar mi  
aliento  
y que solía buscar en mi lengua  
un minuto legendario para que las brujas no lo-  
gren asustarla  
con sus risas estrafalarias. Esa luna a la que tanto  
extraño,  
ahora es menos sombra, menos hielo, menos com-  
ba.

El búho sabe que en la noche del domingo  
habrá un cielo impoluto de estrellas,  
lo que no sabe es que la luna tendrá un(a) sol(a)  
oportunidad para reinar el bosque. Demasiada  
jauría para una sola luna.

Esta noche hay peligros a mansalva,  
un corro de lobos impide mi fuga  
hacia lo incoloro de esta zona boscosa.  
Veo salir de las barbudas higueras  
una libélula que se remonta en el cielo  
como una bengala que trepa sábanas negras.  
Cómo es que un insecto volátil tan minúsculo  
puede esquivar las fauces de la niebla, si yo  
que estoy bendecido por la luna  
apenas puedo llevar esta carne (que pesa en mí)  
a la conflagración del cementerio cáustico.

Imagino que una roca ígnea puede ser  
la continuación de lo flameante, su faz  
oculta.

De eso se trata, dejarnos cercenar por el soplo  
de las figuras que nos desconocen:  
acuoso vendaval bajo lluvia ondular.

La palabra escuece  
como un ínfimo corte  
en lo más denso del ojo.

No hay mayor signo íngrimo  
que la orfandad heredada por  
el despertar de un viaje onírico.  
Ensueño debilitado por el plañir  
de las sombras que nos acorralan  
hasta ser solo eso: crisoles flotantes.



niebla o nieve  
ambas duelen lo mismo,  
cubren mis ojos.

El invierno traerá la soledad  
más blanca a mi alcoba. Este año  
el frío es más severo, en breve,  
el espejo entra a deshielo hasta quedar  
en transparencia absoluta y no hay  
oportunidad para arrebatarse  
calor a nada. Estrella –mi perrita de toda  
la vida– observa desde la ventana la nevada  
que se acrecienta día a día. Ella no sabe  
que esa nieve también habita  
en mi corazón, quema.

Han sido expulsados todos los dones  
de un museo pictórico.  
El artista no tiene otro remedio que  
recoger con sus manos rotas  
sus talentos maltrechos. Él acerca esas  
migajas a su nariz para oler por última vez  
el esplendor de su vida que ha sido ignorado  
por los dioses que dicen ser eternos.  
Dar una pincelada al mundo es un acto suicida.

Hemos decidido no hablar en la regadera.

La espalda de Carmen huele a un ácido secreto,  
más de lo habitual.

Mientras mi sexo sigue erguido, dinamizado  
por sus manos de coliflor, su campanilla  
colgante  
no carece de lenguaje, proclama lo que  
los insectos saben hacer en tiempos de extinción.

Hemos aprendido a estirar más la lengua, a no  
dejar

que el agua disipe nuestras más añejas secreciones.

Quién dijo que estamos aquí para bañarnos, si lo  
que realmente queremos

es quemar nuestras miradas, untar nuestros  
cuerpos de saliva, pasar nuestros salitres de  
boca a boca.

*y la noche viajera se aleja*

Eduardo Gómez

Subamos a bordo, Borda, que la nieve nos alcanza.

Ambos

necesitamos salir de casa,

esa casa que huele a lejanía y que yace  
en las alamedas donde Griselda sigue dor-  
mida.

Somos espectros de la discontinuidad del tornado.

Nuestras

palabras brotan de lo más oscuro del desierto,  
de lo más profano de la lengua. Seguiremos  
buscando luminiscencias que nos alejen de  
la aberración

de los abismos,  
abismos que donan el letargo lunar a quie-  
nes enarbolan sus  
ojos al imperio del sol.

Olvidemos que el adiós es una pequeña brasa en-  
tre la ceniza. Tenemos

que obstinar la trashumancia, ese acto nos hará  
eternos,

eternos en la ineluctable partida.

Siento que sentía sentir mis sentidos sentir. Sentir que sentía mis sentidos sintiendo el ahora de mi sentir sintiendo sentidos. Mis sentidos sienten lo que es sentir sin sentir, porque sentir es sentir que se siente sentir con sentido los sentidos del corazón. El corazón siente que los sentidos no sienten el sentir de los sentidos que se resienten al sentir el abandono. Abandonar los sentidos no sería dejar de sentir que se siente sentir, sino que se ha perdido el sentido que presiente un adiós.

## Nota bene

El 10 de enero de 2021 se cumplió el primer decenio de mi hábito de crear imágenes poéticas. Quizá sea arriesgado decir que estos años transcurridos son suficientes para considerarme poeta, ya que este tipo de arte nunca termina de cristalizarse y la vida no será suficiente para terminar de conocer las experiencias de un mundo que se desdobra en infinitud de sentidos. Lo que puedo aseverar es que durante este tiempo he aprendido a socavar, con mayor tino, aquellas cábalas que aparecen en mis peregrinajes, algunas fraguadas por el misterio, otras permeadas por la melancolía. En todo caso, al rememorar este período, celebro el acontecimiento de que mi obra ha generado algún efecto y afecto en el público lector.

En 2011, tuve la posibilidad de publicar mis primeros poemas, que, vistos en tiempos de ahora, sin duda, son ejercicios literarios. Recuérdese que Giovanni Quessep, también consideró a su *Después del paraíso* (1961) como un mero trabajo juvenil, de ahí su deseo de no volver a reeditarlos. Creo que haber publicado esos versos me facilitó cuestionar mi propio acto creativo, con el objetivo de salir de lo feble y crecer en escritura. Borges, por ejemplo, ha iluminado esta consigna, en sus lecturas condenaba aquellos textos que contenían ripios verbales, por eso

señalaba que un buen poema era aquel que gozaba de lo autosuficiente, virtud plena que le permite distanciarse de lo prescindible. Así las cosas, mi obra, hasta la fecha, comprende cuatro trabajos: *Jaspe* (2016), *Niebla en breve cuerpo* (2018), *Aljibe aéreo* (2019) y *Rada* (2023). Este último publicado aquí, como una suerte de desarraigo. Cada uno de estos poemarios tiene eco propio, cada uno lleva algo de mi presencia en el mundo, un poco de mis avatares y gran parte de mis vuelos oníricos e intelectuales.

Con todo, resta decir que seguiré trabajando con denuedo en esta práctica literaria. Publicaré poesía en la medida en que trascurren varios años, esto lo aprendí del poeta Mario Eraso Belalcázar, quien me recomendó vivir más y publicar menos. Por lo pronto, dejaré descansar nuevos proyectos en sus respectivos sarcófagos, porque cada uno es una criatura en estado de incubación.





# **Editorial**

Universidad de **Nariño**

**Rada**

Primera edición 2023

San Juan de Pasto-Nariño-Colombia

*Rada* de Alexis Uscátegui es una constelación de sentidos y heridas corporales acrisoladas en una cadena de poemas. Sin dejar de ser un trabajo rigurosamente creativo, su contenido nos vuelca a un deterioro existencial, a un estado miasmático de goces supremos.

Obstinado y transgresor de las formas comunes, el mismo Uscátegui expresa en la apostilla: “La poesía es un acto lacerante. Al concebirla, el poeta merma su vitalidad luego de elevar imágenes que se encuentran signadas por lo privativo. Con un solo soplo, el demiurgo dibuja un halo de llama plateada que le permite sostener la gravitación de aquellos versos que confabulan contra la masificación de las apariencias, poniendo de relieve aquello que vive en el palmo a palmo de sus peregrinaciones milenarias”.



9 786287 509825



Universidad de Nariño  
FUNDADA EN 1904

ai

Universidad de Nariño  
ACREDITADA DE ALTA CALIDAD  
RESOLUCIÓN MEN 10547 - MAYO 23 DE 2017

Editorial  
Universidad de Nariño